

EL PUNTO SECO DE LA FORMACIÓN

Daniela Benítez Cruz*

“... no se puede aceptar, bajo ningún argumento - de administrativo o contable- que se desplace la inteligencia del hombre, que debe servir al hombre, para servir a aquellos que tienen los grandes recursos.”

H. Zelman.

Muy pocos se atreven hoy a cuestionar el sentido que lleva la corriente, es más sencillo pertenecer al tiraje de la general motors... de la producción en serie, que permitirse que la vida misma sea dirigida por esa extraña y loca singularidad que Jacques Lacan, siguiendo a Freud, asociaba al deseo. Mundo de iguales que, con su silencio e indiferencia, parecen ser los gestores cotidianos de la reproducción de lo desigual.

Sería extremadamente simple si la complejidad del mundo pudiera reducirse a una cuestión de actitudes, es decir, los proactivos contra retroactivos y resolver las diferencias con buenas intenciones. No obstante, la gran demostración de Karl Marx consistió en poner en primer plano al proceso material de producción de la existencia y señalar las contradicciones reales, que de él emanan, como situaciones imposibles de resolverse por la vía del pensamiento.

De ahí que, en diversos sectores y con grados relativos de autonomía, se crea y recrea la lógica de lo contradictorio. Slavoj Žižek (1) señala muy bien el hecho de que en un mundo plagado de contradicciones, desigualdades y asimetrías, las diversas situaciones de pugna o conflicto no pueden resolverse, inclusive ni por la vía dialéctica, dado que, su esencia es más bien de carácter dilemático.

Es por ello que al no cuestionar la grandilocuencia de algunos poderes asentados en la obscenidad de lo aparente, lo supuesta actitud de tolerancia, se acerque más a la aceptación tácita del pensamiento único o al silenciamiento de la inteligencia en aras de una supervivencia dócil.

Contextos

Teniendo la oportunidad de echar un vistazo al pasado y extrañamente no por los canales como The History Channel (no desdeñables, pero limitados, claro está) sino por la lectura de producciones intelectuales ejemplares que permiten preguntarse por lo que ocurre en el presente. Y conste,

más que la lectura sea extraña, lo que calificaría de tal modo su preferencia, sería el que un contemporáneo gustara moverse, tomar el texto, incluirse en él y sumirse en una experiencia interior que podría durar de varios minutos a varias horas. Es más acorde acostarse, tomar el control remoto de la TV y sumirse en la contemplación mediada por los momentos intermitentes de productos mágicos que modifican el cuerpo, domesticar los apetitos y trivializan la violencia mundana.

Por ello, amén de las preferencias ópticas, en nuestra época es común encontrar posturas que pretenden ignorar todo aquello que tenga que ver con la génesis de las construcciones, es decir, con la base; máxime que su reconstrucción sólo puede lograrse con la inmersión y el esfuerzo de pensamiento.

Así pues, en la encrucijada de la universidad pública contemporánea, no resulta extraño que ciertos aspectos que se consideraron sobresalientes y de peso para la producción académica de antaño, ahora, sean distorsionados en aras de la demanda del mercado. En este caso lo que se ignora o intenta ignorarse es que la educación pública universitaria surgió como un proyecto propuesto por el estado, pero que, recogía la demanda de diversos sectores sociales que, en la construcción de un proyecto de nación, hacían posible plantear una educación para la cual “...se pensaba que había de construirse, no solamente en el plano político o en el plano económico, sino también en el plano cultural...” (2).

Esta constituye una singularidad no conmutable y necesaria de recordarse. Una función básica se encuentra, consagrada en la mayor parte de las leyes orgánicas de las más importantes universidades del país, en la conservación, recreación y producción de la cultura. Por eso la universidad Pública no puede someterse servilmente a los imperativos del mercado, por esa razón también, lo útil se subordina a lo importante.



*Estudiante de psicología clínica en la Universidad Autónoma del Carmen.

La universidad pública como sentido crítico y memoria de una sociedad.

El impacto en la Modernidad

El doctor Hugo Zemelman Merino, destacado académico e investigador del colegio de México, señala que:

“...lo que caracterizó a la universidad latinoamericana durante más de 100 años fue, precisamente, su enorme capacidad de plantearse problemas y opciones, de buscar soluciones dentro de un marco de opciones posibles, y esto permitió que surgieran los especialistas, los profesionistas y también los estrictamente llamados cuadros intelectuales y académicos, los de la cátedra universitaria. La cátedra donde se estimulaba el pensamiento de la gente, donde se le ofrecían opciones de pensamiento...” (3).

Evidentemente, el contexto ha cambiado y las universidades han entrado, cada vez más, en la dinámica impuesta por la redefinición de mercados y los flujos del capital especulativo. Sin embargo, su inserción en lo social y su autonomía relativa, producto de su propia historia, hacen posible la permanencia de la memoria y de formas de resistencia ligadas a la función cultural no subordinada.

Simplemente puede señalarse que hace algún tiempo (no hablamos de siglos, sino de unas cuantas décadas) el papel que jugaba la universidad pública en lo social no era desdeñable; se veía alrededor de estas un tejido sólido, la movilidad alrededor de los egresados, estudiantes y líderes académicos iban en dirección a la formación, como se menciona en el artículo *el trabajo en el ocaso de las carreras* (4), la articulación venía ligada al valor de la autonomía, al lugar preponderante que ocupaba la cultura, apuntando claro está, al nuevo papel que desempeñarían estos elementos en su relación con lo histórico-social, y, por supuesto, con una participación activa y crítica de eso que se llama sociedad. Por esto, decirse universitario o profesor de una universidad era considerado, incluso, un acceso privilegiado.

La relación alumno-docente

La educación, como menciona Dora Laino, no consiste en una simple herramienta, sino en “*el proceso de transmisión y recreación de la cultura*” (5), visto desde aquí poco tiene que ver con estrategias o pseudos talleres o con la técnica desarticulada de los fundamentos que la contextualizan; es decir, no se habla de un simple emisor y un receptor, sino en el terreno de la construcción del conocimiento y la capacidad de posibilitar en las aulas universitarias rupturas o desequilibrios que requieran del sujeto un movimiento que haga posible la producción de conceptualizaciones propias.

En este punto, puede abrirse un paréntesis para repensar esta relación y colocar los puntos sobre las íes en lo singular y lo subjetivo de las dos partes; el proceso de enseñanza-aprendizaje no se trata de algo unidireccional, sino que está basado en lo asimétrico puesto que se hace vigente el vínculo que cada uno tiene con aquello que está generando y el lugar que ocupa desde el aspecto vertical. Por esto, los lugares no son equiparables y el proceso no es mera linealidad, cuando se hace un cruce intersubjetivo se ponen en plano horizontal algunas cosas, entre estas: desde el lado del profesor; la autoridad, la legítima, aquella que no se obtiene con grados, sino con la producción propia que acredita para hablar desde un campo de conocimiento y que se liga con la congruencia, el respeto y la pasión ante lo que hace, desde el alumno esa misma congruencia, respeto y pasión que lo une a aquello que muchos huyen ahora, al trabajo y al esfuerzo de construcción.

Eclareciendo que esta relación no es simplemente una captación y reproducción lineales, puede hacerse hincapié en la producción intelectual, también desde ambos lados, esa acreditación en ambos se articula solo a partir de la producción de cosas de peso; el profesor hace uso de la academia, una academia que hace referencia a una especie “sociedad”

donde su principal actividad es el **fomento de una actividad cultural o científica** (6), el docente permite que el alumno construya una postura que le permita desde ahí exponer lo que va hilando en el campo de conocimiento al que pertenece.

Un par de preguntas de “aspecto necio”

Una formación universitaria apunta más a una construcción reflexiva y crítica. ¿Se puede ver lo importante que es que los sujetos que están al mando de estos colosales centros académicos, fueran precisamente eso, académicos, formadores? ¿Se puede distinguir por qué hacer una formación universitaria no es la obtención de un mero título?

Si se requiriera de técnicas únicamente no se aspiraría nunca a una formación de tipo más científico y no se necesitarían académicos acreditados por su producción intelectual, aclaro intelectual, para formar y transmitir una posibilidad significativa de hacer ciencia. Cuando señalo ciencia lo hago apuntando a no estigmatizarla como la ciencia, sino como en la idea de **Gustavo Bueno** (7) en torno a pensar más en las ciencias en plural y no en singular, otorgando diferentes perspectivas y no quiero distorsiones, perspectivas distintas en el sentido de puntos de partida, objetos de estudio, fundamentos, metodologías, utilización de técnicas diferentes, para enfoques y paradigmas construidos desde un campo.

¡Echemos un vistazo a la aridez posmoderna!

“...El gran saber, el gran conocimiento, se está generando en espacios distintos a la universidad pública y a la universidad en general.” H. Zemelman

El panorama pinta a grandes rasgos más o menos así: el auge de la inmediatez aniquila a lo importante. Así, de considerar este tiempo necesario para desarrollar formaciones consistentes, se pasa a privilegiar la eficacia y la rapidez con la que a las grandes masas se les llena de información y de competencias formadas al vapor. Se cuestiona la lentitud y, paradójicamente, se entorpece la capacidad crítica.

El formador es ahora, abaratador, sustituible por una indicación burocrática y por planeaciones hechas con un sentido enorme de irrealdad, ¡consulten las noticias!, cero rezagos. La construcción de la realidad y la participación activa y crítica es ahora estorbo. De manera cínica un prócer neoliberal señalaba: *a los empleadores modernos no les interesa tanto lo que los egresados saben, lo importante es que tengan una actitud positiva y puedan integrarse rápidamente a la industria.*

Ante ello, decaen ideales, en esta idea de todo es aceptado y permitido, se apunta a algo llamado éxito, ubicado en lo etéreo, y ¡qué queda de aspirar a edificar una científicidad o un pensamiento crítico! Aquí lo llamativo es la inserción a las órdenes del otro. ¡Como si modificar o producir cambios en el mundo fuera imposible, cuando, por el contrario, la propia realidad económica lo hace necesario!

Como lo social no puede estar excluido, se puede observar el fenómeno desde este punto: intentos de producir personas sustituibles, se trata de mantener el nivel productivo y elaborar mercancía vendible.

Recordando aquel proyecto ambicioso del impacto de la universidad pública como consolidación de un país por medio de lo social, algunos de nuestros dirigentes nacionales se toman tan “en serio” esta relación, social-universidad, universidad-social, que se olvidan del fundamento. Por esto el auge del neoliberalismo aplasta esta idea de lo cultural y se considera el capacitar personas con miras a reconocer el moviendo del mercado, tipos emprendedores, que puedan llevar a la universidad a cocinar elementos según las exigencias empresariales. Y como se preguntó Zemelman: ¿para qué se forma? O algo más simple, ¿dónde quedó la formación?.

El tomar como bandera la globalización nos deja sin un sentido aparente ante esta pregunta, si se construye en esa vía no hay nada que soporte la producción académica de la universidad pública. Se responde

entonces: ¡Lo que importa es la tecnología, la cultura es aburrida y además...no deja dinero!. Y, considero, construir en ese punto es algo riesgoso, pues es ese espacio de confrontación que se generaba en las aulas universitarias, de cuestionamiento político, económico, cultural, le permitía a una sociedad, no quedarse estancada ni siguiendo la corriente de un río que no es para nada el del origen de todo esto.

En lo privado

Tuve la oportunidad de formar parte de una universidad privada con anterioridad a la pública y debo decir ante todo que son dos mundos con bases diferentes. Al contexto de lo privado bien le viene el discurso de formar empresarios con miras al mercado; al final, el grueso de su población es de un estrato económico bastante alto; sin embargo, debo decir, que era una construcción que venía desde el núcleo de la conformación de la universidad misma; en pocas palabras, era un armado complejo donde la dirección de las carreras y la forma en que se impartían las materias se ligaban desde el principio a alcanzar este cometido, el de permanecer en el mercado.

A lo que quiero llegar con esto es a explicar que no se trataba en nada de dar talleres de emprendedores o “pon tu propio negocio”, sino algo que llamare una especie de filosofía que se permeaba sin la necesidad de introducir cursos de este tipo al por mayor, es decir, estaba bastante claro de lo que trataba su estilo de formación y el nivel socioeconómico donde se iban a insertar sus profesionales que egresaran de la fila de la universidad; hay zapatos que no embonan y si no se entiende, vuelvan a la génesis.

A modo de conclusión

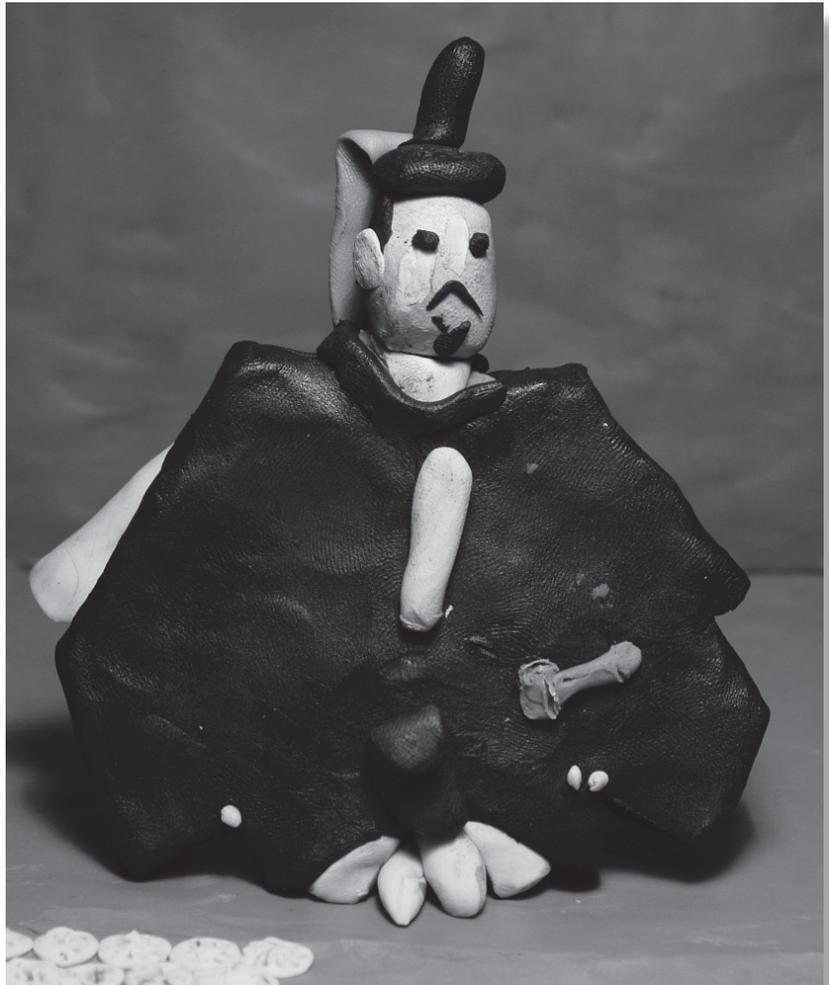
Pensamos en calidad, recapitulando el origen y la cimentación de la educación como formación y transformación, como transmisión de cultura, ligada a un proyecto social ambicioso, ubiquemos las formaciones universitarias en un lugar que siga produciendo rupturas. ¿Ruptura ante qué?

Ante la aparente desolación, no es apocalipsis aunque lo parezca, ni mucho menos añoranza por lo que fue; se trata más que nada de resaltar el lugar de lo público, de la subjetividad y sus producciones incluso ante este panorama que apunta a aniquilar las dos cosas: reubicar el lugar de lo histórico, lo político, lo económico y la cultura.

No es una aberración a la globalización y a las nuevas tecnologías, sino contextualizar a las producciones desde la universidad pública, rescatando y dando paso a los quiebres para construcciones singulares (no he dicho que sea tarea fácil), para visiones críticas, para un lugar a la formación, articulando los nuevos elementos sin hablar de obsoleto simplemente por lo cronológico, de formarse y no de ser unos reservorios de información a la que no se le ha dado un lugar significativo, o bien de pensar en hacer ciencia solamente en el laboratorio, sino de darle un lugar de científico también a las producciones académicas, a las rupturas de dogmas, a los aspectos cualitativos, a la construcción de conceptos, sin olvidar todo el engranaje que se anuda a la formación de universitarios y al lugar subjetivo.

Hacer un quiebre ante este abaratamiento de lo educativo, es un paso que se aleja de la alineación; es romper con este “da lo mismo que quienes dirijan el proceso de enseñanza-aprendizaje sean académicos o excelentes emprendedores”, de reconstruir un lugar donde el fuerte se base en aquello olvidado...la cultura, unida a la solidez académica.

Es tiempo de reconsiderar que los dirigentes, los docentes y los



alumnos mismos, tienen un compromiso que no es sencillo. Si se trata de vender un simulacro de educación habrá que asumir las consecuencias que vendrán por esto. Preferible hacerse partícipe de una formación de generar un lugar para la transmisión y recreación de la cultura, para permitirle al alumno crecer y construir, recordando que esto último no es enviar vía ósmosis información, tomando en cuenta los aspectos que corresponden a la complejidad humana y llevarlo hasta las últimas consecuencias.

Bibliografía

1. Slavoj Zizek (2005). *La suspensión política de la ética*. México. Fondo de Cultura Económica.
2. Hugo Zemelman M. (2005). “La Universidad Pública en América Latina”. En: R. Bejar y J. Isaac (coords). *Educación Superior y Universidad Pública*. México. Plaza y Valdés/FES Acatlán UNAM. p.198.
3. Hugo Zemelman M. (2005). *Ibid.*, p.202.
4. http://www.elclub.net/cp_documentos_ocaso.cfm
5. Dora Laino (2000). *Aspectos psicosociales del aprendizaje*. Argentina: Homo Sapiens.
6. <http://enciclopedia.us.es/index.php/Academia>
7. Gustavo Bueno (1995). *¿Qué es la ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial ciencia y filosofía*. Oviedo: Pentalfa Ediciones.